



Cristo de San Damián

Monasterio de San Jorge
 Hermanas Franciscanas Clarisas
 TAUSTE (Zaragoza)

El Cristo de San Damián

El crucifijo de San Damián es un icono de Cristo glorioso, fruto de una reposada meditación y de una contemplación acompañada de ayuno.

El icono fue pintado sobre tela y luego pegado sobre madera, entorno al 1100. De influencia bizantina, fue realizado en la región de La Umbria, desde el punto de vista artístico, el Cristo de San Damián, es de tipo sirio y por lo tanto de influencia joánica. Esta cruz, de 2'10 metros de alta por 1'30 de ancho fue realizada para la iglesia de San Damián (Asís), llama la atención la luminosidad del cuerpo de Jesús y los colores intensos y oscuros.

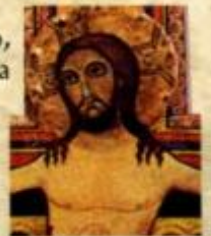


En ella se expresa la fe de la Iglesia. Quiere hacer visible lo invisible, quiere adentrarnos, a través de la imagen, los colores, la belleza,... en el misterio de Dios. Acojamos este icono como una puerta del cielo y mirémosle, apredamos a leer en los detalles. Recémosle. Este Cristo que habló a San Francisco y Santa Clara nos hablará también a nosotros. Dirijámonos a él con las palabras de Francisco: *"Sumo, glorioso Dios, ilumina las tinieblas de mi corazón y dame fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta, sentido y conocimiento, Señor, para cumplir tu santo y verdadero mandamiento"*. Adentrémonos en la contemplación de Cristo:

La figura central es Cristo repleto de luz. Detrás de sus brazos y pies, el color negro simboliza la tumba vacía,

-la oscuridad es signo de las tinieblas-. La luz que ilumina el cuerpo de Cristo brota del interior de su persona. *"Yo soy la Luz del mundo, el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida"* (Jn 8, 12). Cristo-Luz, Cristo-Glorioso. Sin tensiones ni dolor, está de pie sobre la Cruz, su cabeza no está tocada con una corona de espinas, sino de gloria. Cristo denota también donación, abandono confiado en el Padre. *"Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos"* (Jn 15, 13). Cristo con sus brazos extendidos quiere abrazar el mundo, con sus manos abiertas hacia arriba nos invitan a mirar más allá de nosotros mismos. **Nuestros sufrimientos, un día serán transformados en gloria. ¿Te sientes invitado a seguir sus huellas y a dar tu propia vida?**

El rostro de Cristo es sereno, sosegado, los ojos grandes, pequeña la boca, casi invisibles las orejas, por que en la contemplación del Padre ya no hace falta la palabra, ni hay ya que escuchar, basta con ver, con mirar, con amar. Su mirada nos alcanza.



Por un instante, ¡déjate mirar por Cristo!

La parte superior del icono: De abajo arriba, una inscripción con las palabras: *"Jesús Nazareno, el Rey de los Judíos"*. Sobre el rótulo, un círculo en el que aparece el Cristo de la Ascensión, que parece subir una escalera, va hacia el Padre; lleva en la mano izquierda una cruz dorada, signo de su victoria sobre el pecado. La cabeza de Cristo está fuera del círculo, -símbolo de perfección y plenitud-. Pero no puede abarcar a Cristo que rebasa toda plenitud. A izquierda y derecha, unos ángeles miran a Cristo



y se alegran porque entra en la Gloria. En la parte más alta de la Cruz, un semicírculo con una mano y dos dedos extendidos, es la mano del Padre que envía su Hijo al mundo y a la vez lo recibe en la Gloria. En tiempos de San Francisco, en el concilio de Letrán, Inocencio III habla del Espíritu Santo llamándolo «dedo de Dios». Francisco no podía contemplar a Cristo sin asociar al Padre y al Espíritu.

¿Te dejas guiar por el Espíritu para penetrar en el misterio de Dios?

Bos brazos de la cruz.

Bajo cada mano y antebrazo de Cristo hay dos ángeles. La sangre se derrama sobre los personajes situados más abajo. Dos personajes parecen llegar en los extremos de la cruz y señalan con la mano el sepulcro vacío, -simbolizado en la oscuridad que hay detrás de los brazos-, tal vez sean las mujeres que llegan al sepulcro a embalsamar el cuerpo y se encuentran con los ángeles.



¿Te sientes llamado a ser bálsamo capaz de cuidar y aliviar los sufrimientos de nuestro mundo?

A los lados de Cristo: "Junto a la cruz de Jesús, estaban su madre, la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena" (Jn 19, 25)

A la derecha de Cristo están María y Juan. El rostro de María está sereno, esperando al pie de la Cruz, acerca su mano izquierda hasta el mentón -en la

tradición del icono, este gesto significa dolor, asombro, reflexión-. Con la derecha señala a Cristo.

A la izquierda de Cristo hay tres personajes: María Magdalena, manifestando con su mano izquierda su dolor; María, la madre de Santiago el Menor, apuntando con su mano a Jesús resucitado. Junto a las mujeres, el centurión romano que estuvo frente a Cristo: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mc 14, 39), en su mano izquierda parece sostener el rollo en el que esta escrita la condena, con su mano derecha y los tres dedos levantados enuncia su fe en Dios Trino.

Encima del

hombro izquierdo del centurión asoma una cabeza pequeña, y detrás, como un eco, otras cabezas ¿No serán todos los creyentes que venimos a contemplar a Cristo? A los pies de María, el Longinos mirando a Cristo y sosteniendo en sus manos la lanza que traspasó el costado de Cristo. Al otro lado, otro personaje pequeño, que por sus vestidos hacen pensar en el jefe de la sinagoga, su rostro aparece de perfil, -detalle que sorprende en un ícono cuyos personajes generalmente están de frente con la cara iluminada-.



¿Te dejas iluminar y guiar por Cristo resucitado?

A los pies de Cristo: En el pie de la Cruz, a la derecha hay dos personajes: Pedro con una llave y a sus pies un gallo en actitud desafiante evocando la negación, siendo también signo del alba nueva que nos invita a salir del sueño para adrentarnos en la luz de Jesús resucitado; y Pablo. Debía haber otros



personajes que el tiempo ha borrado. Quizás santos del Antiguo Testamento, o San Damián, patrono de esta iglesia, o tal vez San Rufino, patrono de la catedral de Asís. La sangre de las llagas se difunde sobre ellos y los purifica. Cristo no está solo sobre la cruz. Está en medio de un pueblo, simbolizado en los personajes que le rodean y atestiguan su resurrección.

San Francisco se dejó mirar por este crucifijo y escuchó: «Ve y repara mi Iglesia». Hoy, también nos invita a nosotros a edificar su Iglesia, a ser sus testigos.

¿Estás dispuesto a responder a su llamada, que como a Francisco un día, hoy te la hace Jesús a ti?

Que la meditación del Cristo de San Damián te ayude a seguir las huellas de San Francisco y Santa Clara. Este es el deseo de las Hermanas Clarisas de Tausté.

¡Haz y Bien!